

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID. 16 DE ABRIL DE 1933

NÚMERO 16



BETANIA.

LOS DISCIPULOS DE EMMAUS

El domingo de Pascuas de Resurrección, todos los que habían sido amigos y discípulos de Jesús, estaban sumamente tristes y afligidos, a pesar de que Cristo ya había resucitado. No hacía más que dos días, que los judíos habían crucificado a Jesús, en cuya compañía ellos, los discípulos tanto habían aprendido, el cual tanto bien les había hecho en cuerpo y alma y al que habían llegado a conocer y a amar como el mayor profeta y mensajero de Dios, que jamás había

existido. Sí, claro, habían oído de María Magdalena y otras mujeres, que les había aparecido Jesús resucitado, pero lo juzgaban cuentos de mujeres y una locura completa. Algunos de ellos habían visto hasta la tumba vacía, pero todo ello no sirvió para que creyesen, que Jesús hubiese resucitado. Porque a El no le vieron.

Dos de estos hombres, que habían estado con Jesús en Jerusalem durante los últimos días eran vecinos de un pueblo distante 11

kilómetros de Jerusalem y que se llamaba Emmaús. El domingo por la tarde se decidieron a regresar a su aldea. ¿Para qué—pensaban—permanecer en Jerusalem? Nada había ya en aquella ciudad, que les interesara; nadie podía consolarlos; es más, les causaba profundo dolor tener siempre a la vista el palacio de Pilatos, la casa real de Herodes, el collado de Gólgota, los lugares donde habían visto sufrir y morir a su querido maestro y amigo. Así se fueron por la tarde del mismo domingo, después de una triste despedida de los once apóstoles. Huían de Jerusalem, mas no podían escapar a sus pensamientos acongojados, y todo el camino hablaron con amargura de los tristes sucesos que habían presenciado.

Después de caminar un rato, los alcanzó otro caminante. Casi no le vieron ni se fijaron en él, tan ocupados estaban con sus tristes pensamientos. Pero el caminante se acercó a ellos, y al enterarse de lo que hablaban, al ver sus rostros tan afligidos, les preguntó: “¿Qué es lo que estáis hablando? ¿Por qué estáis tan desesperados?” A esta pregunta, uno de ellos llamado Cleofás, alzó sus ojos y mirando rápidamente al caminante, le dijo, sumamente extrañado: “Pero tú vienes ahora de Jerusalem y no te enteraste de lo que pasó allí en estos días? ¿No sabes nada de todas las cosas, que hablan allí todo el mundo?” El caminante les contestó: “¿Qué cosas?” Más asombrado aún, le respondió Cleofás: “Pero, ¿será posible que no lo sepas? Antes de ayer murió crucificado Jesús de Nazareth, un hombre, como nunca habíamos visto, mensajero y profeta de Dios, que por sus poderosas obras y sus palabras incomparables nos hizo creer que él sería nuestro salvador. Pero nuestros jefes y los romanos le llevaron a muerte. ¡Y nosotros, que habíamos creído tan firmemente que él sería el Salvador, enviado por Dios para erigir su reino en la tierra! Ya han pasado casi tres días después de todo ello. Esta mañana, a la verdad, unas mujeres,

que también amaban a Jesús y creían en él afirmaron haberle visto y algunos de los nuestros vieron también el sepulcro vacío. Y sin embargo, ¿qué prueba todo ello? Las mujeres bien pueden haber visto alguna visión fantástica, dada su excitación y el sepulcro vacío también hallará su explicación. Lo único, que con seguridad podemos afirmar es que él murió y que desde entonces estamos solos y abandonados, despojados de su amparo y de su amor.”

Al terminar Cleofás sus dolorosas explicaciones, el caminante desconocido tomó la palabra y con cada palabra que decía aumentó el asombro de los dos discípulos. Porque él empezó a explicarles, que los sufrimientos y la muerte de Jesús no sólo eran necesarios para que él llegara a ser el Salvador, sino que también Dios lo había querido y previsto, anunciándolo de antemano por los profetas en el Antiguo Testamento. Todo lo que dijo el caminante, causó profunda impresión en el ánimo de sus oyentes. Su alma se conmovió en lo profundo y ellos pendían de sus labios. Casi, casi, le parecía que hablaba como antes había hablado Jesús, tan misericordioso, tan consolador, tan clara y profundamente.

Apenas se dieron cuenta de que ya habían llegado a su aldea; tan corto se les había hecho el camino. De repente vieron que ya se hallaban delante de su casa. El caminante hizo, como si se quisiera despedir para seguir más adelante; mas ellos, agradecidos por el consuelo, que les había dispensado y ansiosos de escucharle más, le rogaron encarecidamente: “Quédate con nosotros, que se hace tarde, y el día ya ha declinado.” El accedió y cuando se sentaron a cenar, el huésped, según la costumbre de entonces tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio de él.

En aquel momento los ojos y el conocimiento de ellos fueron abiertos. En la manera de partir el pan y de dar las gracias le conocieron: Era el mismo Jesús. Pero

apenas se habían dado cuenta y queriendo acercarse a él, vieron que había desaparecido de en medio de ellos.

No por esto se entristecieron. Les era completamente suficiente haberle conocido y visto, y un gozo inefable inundó sus corazones. Dijeron, el uno al otro: “¿Cómo no le hemos conocido antes? ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino?”

Desde luego, ya no hubo quien los retuviera en Emmaús. ¡Cristo vive!; esto había que decirlo a los demás apóstoles y discípulos. Y aunque ya era de noche, y el camino muy largo, en seguida se pusieron otra vez en marcha hacia Jerusalem, rebotando alegría y felicidad. ¡Cuán diferente era este viaje del anterior! Tristes y desesperados habían venido, llenos de júbilo

regresaron. Se apresuraron todo lo posible y buscaban la casa donde, como ellos sabían, estaban reunidos los once apóstoles.

Llamaron y entraron, pero antes de que ellos pudieran decirles una palabra, los once, llenos del mismo gozo, se adelantaron a ellos y les decían: “No dudéis ya, Cristo vive, Simón Pedro le ha visto!” “¡Y nosotros también!”; interrumpieron Cleofás y su amigo. “¿Cómo?”. Entonces se contaron mutuamente, cómo Jesús se les había manifestado. Ya no había dudas, tristeza y aflicción. Todo era alegría y gozo, gratitud y alabanza a Dios, que había hecho tan grandes cosas; Cristo vivía, Dios le había confirmado como Salvador, y ellos, hace poco los hombres más míseros y abandonados, podían vivir en adelante alegres y confiados como discípulos de Cristo viviente y poderoso.

EL PIÑON QUE VIAJO

Por C. F. B.

Pues, señor, esto era una piña que se estaba columpiando en lo alto de una rama, tomando el sol. Sus hijos, los piñones, asomaban las cabezas por debajo de los tejaditos escamosos, que su madre les colocaba encima para que no se mojasen. Y al ver el suelo tan lejos, les daba miedo y se agarraban más a su madre.

—Hijos míos—les decía la señora Piña—, echaos a volar, que para ello os nacieron alas, y no os olvidéis nunca de que sois semilla.

Pero los piñones no se movían.

—Pero, vamos a ver quién es valiente—volvía a empezar—. ¡Si supieseis lo bonito que es el mundo!

Y los piñones sin moverse.

—A lo mejor viene el pico carpintero y os come—dijo, por fin, separando un poco más sus escamas.

Cinco hermanitos volaron, y el que llegó más lejos fué Piñonete.

Cayó junto a una piedra muy próxima a la carretera, por donde pasaban los autos. Una hoja de álamo le vió y le dijo:

—¿De qué te asustas?

—No conozco a nadie, y me da miedo—respondió Piñonete.

—Tonto, ya me conoces a mí.

—Es verdad; pero mejor quería yo estar con mi madre, en lo alto.

—¿En qué alto? ¿Tú quién eres?

—En lo alto de mi pino; soy una semilla.

—Una semilla, pobrecito; ya vendrá el pico carpintero a comerte.

—¿Y a ti no?

—A mí, que sólo soy una hoja, por mí vendrá el viento.

—¿Y ese no te come?

—¡Quia! Ese me lleva consigo a ver mundo.

—Que me lleve a mí también; yo bajé de mi pino para ver mundo...

La hoja le miró con compasión.

—Creo que no vas a poder; estás tan encogidito y pareces tan pesado...

—Pero yo no quiero que me coma el pico carpintero.

—No te verá; mientras llega el viento puedes esconderte debajo de mis alas. Y te contaré todos los cuentos que sé hasta que te quedas dormido.

Pero el Piñonete no se durmió.

—¡Qué bonito es tu cuento!—dijo al final.

—¿Pero no te has dormido aún? Qué bien sabes escuchar.

—Es que me gusta oírte. No quisiera que viniera el viento. ¿Tardará?

—Vendrá cuando Dios quiera.

A los pocos días llegó. La hoja pidió que llevara también a Piñonete, y el viento le arrastró consigo, pero no muy lejos.

—Es muy pesado—le explicó a la hoja, además de ser semilla; más vale que quede juntito a la tierra.

—¿Por qué?—preguntó la hoja.

—Porque Dios lo quiere—oyó Piñonete decir al viento, que se alejaba.

—Me estás estorbando el paso—oyó una

vocecita junto a sí y vió a una hormiga tan pequeñita, que le dió lástima.

—Pues créeme que es sin querer.

—¿Por qué no te marchas?

—Porque ni tengo alas, como los pajaritos (que las mías ya se me cayeron), ni tengo pies, como tú.

—¿Por qué no?—preguntó su nueva amiga.

—Porque Dios no lo quiere...—dijo muy bajito Piñonete, acordándose del viento y de la hoja.

—Pobrecito—dijo la hormiga—. Lo malo es que tengo mucho que hacer, que si no, ya te haría compañía, y, además, no puedo ir a mi trabajo, porque me estás tapando la entrada de mi casa. Pero ya llamaré a mis compañeras, y entre todas te correremos adonde no nos estorbes.

—Pero no me llevaréis muy lejos...

—No hay tiempo para ello; pero ¿a ti qué más te da?

—Es que como yo no sé hacer nada, me gustaría veros trabajar.

—Qué simpático eres—repuso la hormiga. Y en resumidas cuentas: ¿Quién eres?

—Soy una semilla—replicó Piñonete.

—Pues no te pareces a las que yo conozco y que llevo a mi casa para comerlas, tienes la cáscara tan dura...; pero me gustas más así.

(Concluirá.)

PARECIDOS

—¿En qué se parecen las mujeres flamencas a la leche?

—En que se ponen en jarras.

—¿En que se parece un jugador de oficio a una cabra?

—En que tira al monte.

COLMO

—¿El de un lechero?

—Ordeñar una baca-lada.

ADIVINANZAS

—¿Qué es lo que todos toman y nadie se lleva?

—El sol.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.